

RESEÑA DE / REVIEW OF: Pizzorusso, Giovanni: *Propaganda Fide. I. La congregazione pontificia e la giurisdizione sulle missioni*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 2022, 468 págs. ISBN: 978-8893595964.

POR

GIUSEPPE MROZEK ELISZEZYNSKI<sup>1</sup>

*Università G. D'Annunzio di Chieti-Pescara, Italia*

El año 2022 marcó el IV centenario de la fundación de la Congregación de Propaganda Fide: una institución dentro de la Curia romana que, desde 1622 y durante toda la Edad Moderna, ostentó la jurisdicción suprema sobre la actividad misionera de la Iglesia católica en todo el mundo. La importancia histórica de este organismo se ve confirmada indirectamente por la fortuna de su propio nombre, ya que el término «Propaganda», dado a conocer por la congregación, ha entrado en el léxico de las principales lenguas del mundo. Giovanni Pizzorusso, uno de los historiadores que más ha estudiado esta congregación con una larga serie de artículos, ensayos y monografías, ha resumido recientemente más de veinte años de estudios sobre el tema en un nuevo volumen.

Aunque se trata de una colección de ensayos, el libro se presenta al lector como un texto orgánico, estructurado según una lógica interna y un orden temático claro. El objetivo, tal y como explica el autor desde la introducción, es presentar una historia de la institución, recorriendo su nacimiento, desarrollo y funcionamiento interno, reservando para un segundo volumen el tratamiento de los aspectos más culturales (la formación de misioneros en el Colegio Urbano y la actividad editorial a través de la Imprenta Políglo-ta) y un enfoque más específico de la acción de Propaganda en los diversos rincones del planeta. Así pues, este primer volumen es una historia de la congregación pontificia leída desde el punto de vista de Roma, en el seno de la Curia.

Centrado en particular en los siglos XVII y XVIII, pero con algunas incursiones significativas también en los siglos XIX y XX, el libro gira en torno a tres temas principales. El primero está relacionado con el largo debate que precedió a la fundación de la congregación y las motivaciones que finalmente impulsaron a Gregorio XV a dar el paso. Como es sabido, la actividad misionera había sido gestionada desde el siglo XIII por órdenes religiosas que representaban, al menos formalmente, al pontífice. La atención de los misioneros, reservada durante mucho tiempo al Extremo Oriente o, como mucho, al norte de Europa, se amplió considerablemente durante el siglo XVI, como consecuencia del descubrimiento europeo de las Américas, la expansión del islam en la Euro-

pa Oriental y la difusión de la Reforma protestante. Sin embargo, hubo que esperar hasta 1622 para que naciera una congregación especial encargada de gestionar desde Roma, en nombre del Papa, la actividad misionera en todo el mundo, dirigida no solo al Nuevo Mundo y Extremo Oriente, sino también a la Europa protestante y musulmana, dispuesta así a actuar hacia herejes, cismáticos, infieles, paganos y católicos de rito no latino. La razón de tal retraso consiste, como explica Pizzorusso, en la vasta oposición que suscitó el nacimiento de tal congregación, tanto dentro de la Iglesia, entre las órdenes religiosas más implicadas en la actividad misionera (en primer lugar, la Compañía de Jesús), como fuera de ella. Sobre todo, se refiere a las monarquías ibéricas, que a través de los sistemas de Patronato castellano y *Padroado* portugués gestionaban de forma autónoma el proceso de evangelización en sus respectivas colonias, lo que de hecho constituía la principal justificación de su control político sobre aquellas regiones. Ni siquiera el Concilio de Trento se pronunció sobre la cuestión misionera, e incluso Clemente VIII vio naufragar a los pocos meses la congregación que había querido personalmente, *De Fide Propaganda*. Entonces, ¿por qué motivo el punto de inflexión no se produjo hasta 1622? Pizzorusso reconstruye un debate historiográfico que tiene en Josef Metzler y Eutimio Sastre Santos sus principales exponentes: para el primero, el nacimiento de Propaganda solo fue posible al término de una larguísima y difícil mediación con el poder español, que siempre se había mostrado hostil al nacimiento de una congregación que pudiera desafiar el sistema de Patronato; para el segundo, fue decisiva la victoria de la Montaña Blanca en 1620, un triunfo militar de los ejércitos habsbúrgicos y católicos que hizo imaginar a Roma una rápida conclusión del conflicto en Europa y reavivó las esperanzas de reconquistar en favor de la causa católica los territorios «controlados» por las diversas Iglesias protestantes.

El segundo eje del libro reside, en cambio, en la reconstrucción del trabajo realizado por los hombres que dirigieron Propaganda tras su fundación. Cabe destacar a los cardenales prefectos, colocados a la cabeza de la congregación en representación del papa: al principio, miembros destacados de familias papales (empezando por el primer prefecto de Propaganda, el cardenal Ludovico Ludovisi) y luego, a

<sup>1</sup> giuseppemrozek@virgilio.it / ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-5850-1057>

partir del siglo XVIII, cardenales procedentes de un *cursus honorum* específico y con una formación predominantemente jurídica a sus espaldas. Pero aún más que ellos, los verdaderos protagonistas de la historia y la evolución de la congregación fueron los secretarios: desde Francesco Ingoli, secretario durante los primeros 27 años de vida de Propaganda, hasta sus diversos sucesores, los secretarios gestionaron una enorme cantidad de información, tanto entrante como saliente, mediando entre las peticiones de Roma y las necesidades concretas de los misioneros en los territorios, o tratando de resolver los crecientes contrastes entre Propaganda y otros componentes del mundo católico.

Es precisamente la dimensión del conflicto la que constituye el tercer pilar del volumen. Por mucho que Pizzorusso precise que, en la mayoría de los casos, la mediación y el acuerdo acabaron imponiéndose en el día a día de Propaganda, también es cierto que son las ocasiones de enfrentamiento y choque, por menores que sean, las que dejan mayores huellas en la documentación y atraen a los historiadores. Las relaciones no fueron fáciles con la Monarquía Hispánica, cuyas reticencias a conceder espacio al poder eclesiástico se evidenciaron también en su reiterada negativa a crear una nunciatura en América. De todos modos, las dos entidades contra las que Propaganda acabó chocando en más de una ocasión fueron internas al mundo católico: el Santo Oficio y la Compañía de Jesús. El impulso hacia la evangelización y la conversión constituyó un contacto y confrontación con otras religiones y culturas que podían condicionar y alterar el mensaje evangélico llevado por los misioneros, así como invalidar la ortodoxia de las nuevas comunidades de conversos y neófitos formadas gracias a la acción misionera. De ahí que el papel del Santo Oficio en la organización y control de la actividad misionera encontrara su propia justificación teórica, confirmada también por la ingente cantidad de documentos conservados en los archivos del tribunal y directamente relacionados con el tema. Además, no hay que olvidar que el *assessore* del Santo Oficio era también miembro institucional de Propaganda. El contraste entre los dos organismos era evidente en relación con dos importantes prerrogativas a las que el Santo Oficio nunca estuvo dispuesto a renunciar: la concesión de *facultates* apostólicas a obispos y misioneros (es decir, los poderes espirituales de que gozaban en campos misioneros específicos), y la respuesta a los numerosos *dubia* relativos a cuestiones teológicas, litúrgicas y disciplinares que los misioneros proponían sobre los diversos aspectos de su actividad y sobre las que las *facultates* de que gozaban no proporcionaban indicaciones suficientes o que planteaban problemas totalmente nuevos. El Santo Oficio también ejercía un cuidadoso control tanto sobre la *communicatio in sacris*, es decir, el uso irregular de formas rituales y litúrgicas, como la censura de libros, en referencia a algunos de los textos que salían de las imprentas de Propaganda. Había también una diferencia más general entre las dos congregaciones, basada en el método, sobre la que Adriano Prosperi ha reflexionado en particular: en lugar de utilizar la coerción y obtener la conversión de herejes, infieles y paganos, mediante el juicio o bajo la amenaza de la hoguera, Propaganda aspiraba a un enfoque suave y «blando», basado en la persuasión a través de la predicación, es decir, desarrollando misiones, organizando y coordinando el

impulso apostólico de las órdenes regulares y solicitando el del clero secular.

La relación, a menudo conflictiva, con la Compañía de Jesús forma parte de la relación más general entre Propaganda y las órdenes religiosas. Algunas de ellas colaboraron asiduamente con la congregación, sobre todo los capuchinos, pero también los carmelitas descalzos, los teatinos, los agustinos y los franciscanos observantes, aunque existiera cierto conflicto interno dentro de las propias órdenes; pero fue precisamente la proliferación de nuevas órdenes dedicadas a la actividad misionera lo que endureció la postura del general jesuita Claudio Acquaviva, que durante mucho tiempo se había opuesto al nacimiento de una nueva congregación con jurisdicción global sobre las misiones entre los siglos XVI y XVII. Refiriéndose a su cuarto voto, el de obediencia directa a las órdenes del papa, los jesuitas argumentaban que ya actuaban en nombre del pontífice en su actividad misionera y que, por tanto, no tenían que someterse a la autoridad de Propaganda, como institución, y a sus representantes enviados a las misiones. Sobre todo, se empeñaban en defender una posición de ventaja y privilegio dentro de la actividad misionera general de la Iglesia, lo que a menudo les hacía entrar en conflicto incluso con otras órdenes. Desde el punto de vista de Propaganda, los primeros años fueron los más tensos, con largas negociaciones y acuerdos provisionales que nunca lograron limitar del todo la autonomía de la Compañía, no por casualidad la única entre las órdenes que conserva en su archivo gran parte de la documentación inherente a la actividad misionera. En 1814, cuando se refundó la Compañía, volvieron a surgir los problemas y una vez más fue Propaganda, aunque a regañadientes, la que tuvo que ceder ante los privilegios de los jesuitas. Sin embargo, la etiqueta de «antegesuitismo», aplicada a toda la congregación, es exagerada según Pizzorusso: pues el conflicto era principalmente entre individuos, y sobre cuestiones concretas.

El libro aborda la historia y el funcionamiento de Propaganda Fide desde muchos puntos de vista, centrándose en la gestión económica de la Congregación, en el papel de los nuncios dentro de ella, en la elaboración de un estatuto jurídico para el clero misionero, en objetivos que solo se alcanzaron en parte, como la construcción en los territorios de misión de una estructura eclesial basada en el modelo tridentino (*Plantatio Ecclesiae*), o que solo se lograron al cabo de unos siglos, como la formación de un clero autóctono independiente y preparado. También es recurrente el tema de la doble lealtad, crucial para los numerosos misioneros que, además de tener que responder de sus actos ante Propaganda, o ante los superiores de sus respectivas órdenes, eran también súbditos de diversos soberanos europeos. La presencia de otras potencias coloniales, protestantes y católicas, fue por un lado un problema para Propaganda, pero también una oportunidad para hacer menos opresiva la protección del rey católico y la fuerza de su Patronato. En general, la aportación económica y logística de las monarquías europeas, así como la preparación del clero regular (que, sin embargo, se orientó a mejorar y hacer más específica, por ejemplo, mediante el estudio de lenguas extranjeras), siguieron siendo decisivas para Propaganda, que carecía de los recursos necesarios para ser plenamente independiente.

Lo que también se desprende claramente de las páginas de Pizzorusso es la actualidad del tema, es decir, por qué es interesante e importante estudiar hoy Propaganda Fide. En primer lugar, se trata de una materia que encaja perfectamente en el marco historiográfico internacional de los últimos años, cada vez más atento a una perspectiva global que no sea simplemente eurocéntrica: quizá ningún otro archivo más allá del de Propaganda, en Roma, sea cada día lugar de encuentro de estudiosos de todas las nacionalidades y de los más variados intereses, unidos por la necesidad de consultar una mina de información procedente de todas las partes del globo.

Además, Propaganda era, para la gente de la Edad Moderna, no solo un organismo de la Curia papal, sino también

y sobre todo un lugar físico. En su gran palacio, donado a la Iglesia por Juan Bautista Vives y en el que trabajaron los más grandes arquitectos de la Roma barroca, Bernini y Borromini, llegaba diariamente información de todo el mundo y al menos una parte de ese conocimiento se difundía al mundo católico a través de la Imprenta Políglota, que durante mucho tiempo hizo de Propaganda una de las principales editoriales de Europa. Así pues, esta congregación no solo fue un instrumento del universalismo papal, sino también un lugar de encuentro de pueblos, lenguas y culturas, y de difusión de conocimientos. Un lugar desde el que la Iglesia de Roma comenzó a mirar con una nueva sensibilidad, con interés y curiosidad, al mundo más allá de las fronteras de Europa.

